

ticia de él Cerécrates, mi querido discípulo ; mas he aquí que yo lo tenia olvidado. Criton, tú lo has leído ? preguntó Xenofonte ; qué dicen ? de qué acusan á Sócrates ? Dicen que corrompe á los jóvenes atenienses con sus doctrinas demagógicas y perversas ; que es enemigo del órden, y por el mismo caso de todo gobierno, bueno ó malo ; que lo que desea es la anarquía, para pescar á rio revuelto ; pues, segun el anónimo, debajo de una mala capa se oculta un buen bebedor. Sócrates, en el concepto de los libelistas, es ambicioso, codicioso y envidioso en grado eminente.

No han hecho los desconocidos, dijo Sócrates, sino plagiar á Cricias, quien ha dado una ley junto con Caricles, por la cual me prohíben, so pena de la vida, hablar con los jóvenes de ménos de treinta años, por que los pervierto y corrompo enseñándoles impiedades é inmoralidades. Los nomotetes tienen el mérito de la invencion.

Pero Cricias y Caricles, nomotetes, volvió á decir Cébes, no alegaron en su ley lo que han alegado los anónimos de este libelo. Haslo leído tú tambien ? Sí, Cerefon. Qué más dicen ? Dicen que Sócrates, cuando reprendió los vicios de Cricias, los inventó, y por tanto calumnió á ese virtuoso ciudadano. Dicen que el pretense filósofo no es maestro sino de maldades y mentiras. Dicen que vive comiéndose de cólera, porque no le dan parte en el gobierno, ni empleo con cuya renta cebe sus malas costumbres. Dicen que el hijo de la partera es harto conocido, no en Aténas solamente, pero tambien en la Grecia, por las infamias y los crímenes de que ha hecho gala toda su vida.

Pues no hablan de mí, porque nada de eso me corresponde. Pero á mí sí me corresponde, volvió á decir Alcibiades, como á tu discípulo y amigo, arrancarles la máscara á esos perillanes y darles de bofetones. Como se los diste al librero que habia corregido los poemas del ciego de Esmirna, replicó el maestro : no hagas tal cosa ; ni el caso vale la pena de un arranque de cólera. Mucho va de Homero *al hijo de la partera* : el delito de estos recónditos difamadores es ménos grave : repórtate, mancebo generoso, y vuelve el ánimo y la vista á cosas de más bulto.

Fea debe de ser el alma de los inicuos ; esa que refleja la luz divina es hermosa de suyo, no habiendo como no hay perfil más bello que el que imprime la verdad en el semblante del hombre que cultiva las virtudes. Mentiras y calumnias son imperfecciones que atormentan el corazon y ennegrecen el espíritu de los desgraciados que profesan darles vida y echarlas fuera.

La belleza, siempre la belleza en este hermoso muchacho, exclamó Sócrates, al oír estas palabras en boca de Critóbulo. Sí, la belleza del alma es la virtud ; y virtud es verdad, respeto á los dioses, misericordia con nuestros semejantes. Ah, si Fedon se hallara aquí, cuánto no estuviera acorde con vosotros, discípulos queridos, honra de mi escuela. Xenofonte, porqué has olvidado á Fedon ? Fedon se halla ausente, no lo sabias, Sócrates ? Ya, ya : antenoche vino á casa á despedirse para una semana : asuntos personales requieren su presencia en Cycione. Pensais, vosotros dueños de los secretos de mi pensamiento y mi conciencia, que el filó-

sofo sucumbe á los embates de los perversos? La verdad es ciudadela inexpugnable : puédesela acometer ; batirla en ruina, no es posible. Ni vosotros, ni los demas atenienses, ni mis enemigos mismos dan asenso á las mentiras notorias é imposturas vergonzosas que contra mí publican por costumbre mis detractores. Me llaman impío; y en mis meditaciones, en mis sueños causados por la Divinidad, me parece haber decubierto allá, en lo infinito, lo invisible, el Dios, el Dios verdadero, Hacedor de todas las cosas y padre del universo. Me llaman corrompido; y vosotros estais ahí para acreditar si profeso y enseño la moral. Me llaman turbulento, promotor de desórdenes ; y mi vida ha sido predicar la paz y trabajar por la permanencia de las cosas. La paz, ya se comprende, en medio de la libertad ; el órden en medio de leyes sabias y virtuosas. Me llaman codicioso ; y no tengo capa sobre los hombros, porque no me voy tras los bienes de fortuna. Me llaman calumniador ; y los dioses son testigos de que nunca ha salido de mis labios sino la verdad, la verdad pura. He podido equivocarme, errar alguna vez ; mentir con intencion, jamas. En cuanto á esas negras huellas que voy dejando por donde voy pasando, ¿ las habeis visto en alguna parte, amigos míos ?

Ni Cricias las ha visto, respondió Alcibiades, inflamado de cólera. Cuantas injurias te hacen están fundadas en falsedades ; por esto quiero castigar á los calumniadores.

Oye, Alcibiades, dijo á esta sazón Antístenes, quien habia estado callando hasta ahora : no há mucho un corredor de noticias vino á poner en conocimiento de

Aristóteles que un enemigo suyo le estaba por ahí cubriendo de improprios : Que haga más, respondió el fundador del Liceo ; que me dé látigo, puesto que sea en ausencia mia. Deja que le den látigo á Sócrates, puesto que esta desgracia ocurre miéntras tenemos la dicha de estarle viendo entre nosotros. Sí, repitió Sócrates alborozado, que me den látigo, puesto que yo no esté donde me azotan.

Xenofonte llenó las copas de sus convidados de un vino que por el color parecia topacio ; vino transparente, codiciable, capaz de producir embriaguez divina con solo mirarlo, y dijo : Por los dioses, oh amigos, la filosofia no tiene cosa mejor que no hacer caso ninguno de las bajezas y maldades de sus perseguidores. Brindo por la fortaleza del sabio, por el estudio de la naturaleza, por la práctica de las virtudes. Sócrates, Platon, Fedon, salud ! Y los nueve filósofos apuraron la dorada copa.

Y tú qué propones, Antístenes ? preguntó Cerefon. Yo brindo por la pobreza, respondió Antístenes.

La pobreza rica en virtudes, fuerte por el sufrimiento, noble con la dignidad, no es así, Antístenes ? dijo Cébes ; y bebieron los sabios otra vez alegremente.

Ahora tú, Critóbulo, veamos á qué ó á quién dedicas tu copa ? A la belleza, respondió Criton, miéntras Critóbulo se encendia en rubor celestial. A la belleza ! repitieron todos, y apuraron la copa del más bello de los griegos.

Tú no te has de quedar sin tu brindis, dijo Sócrates, mirando á Alcibiades : tú, no ménos que Critóbulo, has de brindar por la belleza ? Sí, respondió el libertino ;

por la belleza de las mujeres de Corinto, por las hermosas de Amatonte! Y con desenfado digno de tal mozo, dió la señal, y todos á una apuraron la copa en honor de tan interesante sugeto.

Sabes quiénes son los autores y los propagadores del libelo infamatorio, tú que de él nos has dado noticia, Criton? pregunto Xenofonte. De eso no se hable, respondió Sócrates: de las acciones generosas, de los actos de virtud, busquemos los dueños: perversidades, bajezas, infamias, vale más que no los tengan conocidos. Cuando los que las escriben y publican ocultan sus nombres, claro se está que las niegan; y si las niegan ellos mismos, ¿no está igualmente claro que reconocen la falsedad de las acusaciones, la torpeza de los agravios y la malicia de la censura? Mientras ménos viles y perversos haya en el mundo, ménos aborrecible será él para el filósofo: si nadie quiere reconocer la propiedad de ese libelo, y nadie lo quiere, puesto que nadie lo firma, dejadle morir por falta de proteccion. Si nuestros enemigos son quimeras, locura es en nosotros empeñarnos en darles cuerpo y realidad. En cuanto á mí, quiero no saber quien me irroga una ofensa, ántes que estarle viendo delante de mí á cada paso. El golpe no me ha tocado: consentid en que el anónimo niegue su obra: si la niega, es por que la juzga mala.

Así pues, respondió Alcibiades, los malvados y cobardes no tienen sino volverse sombras ó palabras sin carne, para quedar impunes? Sabiduría fluye de tus labios, Sócrates; pero no negarás que sin más de un grano de locura no hay cosa buena en la tierra. Dínos, Criton, dínos quiénes son los autores tenebrosos de esta

nueva maldad? Yo pienso como tú, Alcibiades: mal que le pese al maestro, he de decir lo que he sabido del libelo infamatorio. Lo mandó escribir Jarrion, lo escribió el eunuco Cástrotes, y lo están publicando, por dinero, los viejos Calvonte y Jarmillas. Ya veis, jóvenes, replicó el hijo de Sofronismo, cuan de poco son los que han hecho por traer á ménos mi reputacion: perseguirlos y castigarlos seria estar á pique de darles importancia. A nadie se le da importancia con los piés, dijo Alcibiades: mi ánimo es dar de puntillones á esos belitres, y de ninguna manera condenarlos al ostracismo.

Jarrion, el tracio vendido á los persas, que á puros robos é infidelidades se ha vuelto rico? Ése, ése, Xenofonte, respondió Antístenes: yo le aborrezco, porque el bárbaro deshonoró la pobreza con la estafa cuando fué mendigo, y hoy infama con la mezquindad las riquezas mal habidas. Para con su ministro de maldades y crímenes, ese ignorante es un filósofo, dijo Cerefon: en mi concepto el eunuco Cástrotes debe sufrir la pena, y la suya y la de su dueño. El asiático está por demas en Aténas, respondió Cébes: los vicios de los griegos, al fin y al cabo, algo tienen de varonil y grande: si el Asia empieza á mandarnos con sus capones sus vilezas, perdidos somos. No es el primer libelo infamatorio que echa este guardian de serrallos: ya Aristídes, en la tumba, fué víctima de la ferocidad inofensiva de esa sombra de hombre.

Si no apareas tan bien tus vocablos, yo te hubiera salido al paso cuando dijiste que Aristídes habia sido víctima del eunuco, dijo á su vez Criton: ¿esa linda

ferocidad inofensiva te salva del contra que ya te tenia en los labios. El cuerpo del hombre de bien podrá hallarse en poder de los inicuos ; su alma se halla siempre en las de Dios* ; y ese cuyo espíritu está reposando en el seno de la gloria, ¿ cómo podrá ser víctima de una vil criatura humana ? Aun por esto solia decir Diogenes que no era él el esclavo, mas aun los que le tenían preso.

Qué haria yo con el eunuco Cástrotes, si fuera hombre el miserable ? Qué harias, Alcibiades, qué harias con el eunuco ? Harias lo que con el librero, respondió Cébes. Mas esto llevan de ventaja esos hombres frustrados, que ni darles de bofetones puede uno sin quedar para ménos. El verdugo es la única pareja de esas vainas vacías de donde el varon ha salido.

La ruina de la virilidad produce las más negras pasiones, dijo á su vez el maestro Sócrates, interviniendo en esta disquisicion, é irrita y aplebeya las que le animaron al hombre, cuando fué hombre. La envidia suele ser intensa en los eunucos ; los celos, mortales : los sentimientos de su ánimo son felinos ; si en sus manos estuviera, mataran á todos los hombres completos ; y viendo que de nada les servian las mujeres, las degollaran igualmente. Si con la joya invisible que contiene dentro de sí el poder del género humano y el secreto de su felicidad, no perdieran el valor, metieran fuego al mundo los capones, y gustosos habian de descender al

* Mi alma pertenece á Dios, mi corazon al rey, aun cuando mi cuerpo se halla en poder de los malvados.

(El presidente *du Harlay* á los sicarios de la Liga que le amenazaban con el tormento.)

Tártaro, con tal de haber destruido el objeto de su odio. Cástrotes, me han dicho, es esencialmente malo ; pero como es esencialmente vil, no será de personas de significacion ni de filósofos darnos por ofendidos de actos que en él son naturales, y por el mismo caso inevitables. De dónde provendrá la inquina que me tiene ese eunuco ? De que eres hombre, respondió Alcibiades : á mí me aborrece por la misma causa, y á Criton, y á Cerefón, y á todos los que no lloramos su desgracia. Pero Calvonte y Jarmillas no son capones ; porqué te hacen mala obra á cada paso ? Criton ha dicho que por dinero, respondió Sócrates. Yo vi una vez dos ladrones que venian engarrafados á la cárcel : una mujer, conmovida exclamó : Porqué robais, porqué matais, pobres hombres ? Mujer, respondió uno de ellos, la pobreza á cualquier cosa obliga. Dínos, Antístenes, si tú abundas en ese modo de pensar ? A mí no me ha obligado jamas la pobreza á ningun acto deplorable, respondió Antístenes : en corazon donde tienen cabida los afectos nobles, la pobreza se siente dichosa si frisa con las virtudes, y con ellas se está holgando en pura y dulce alegría. Tú sabes tanto como yo estas cosas, Sócrates ; pues no eres, yo presumo, ni ménos hombre de bien, ni más rico que yo ? Si esos ladrones que has dicho están en lo justo, las dos terceras partes del género humano habrán de ser pasto de la cuerda ; pues sucede que por un adinerado hay cien desheredados que no tienen seguro el pan de cada dia. Pobreza obliga, sí ; pobreza obliga á trabajar, á buscarlo con el sudor de la frente : obliga á romper la tierra con la reja ; á hacer crujir el ayunque debajo del martillo ; á echarse al mar y correrlo

de polo á polo en industriosa nave. Pobreza obliga á muchas cosas ; cosas buenas, cosas santas. A robar no obliga sino la ociosidad que gusta de vivir de balde ; á matar por dinero no obliga sino la perversión del alma y el ningún respeto por los dioses. Calvonte y Jarmillas matan por dinero ; matan, ó procuran matar, con la calumnia, la injuria envenenada : estos viejos son mil veces más culpables que el tracio Jarrion, quien obra á impulsos del aborrecimiento, y que el eunuco Cástrotes, quien se agita debajo del poder de esas Euménides que se llaman envidia, venganza.

Estoy en un corazón contigo, dijo Cébes, tomándole la palabra de los labios : el que sin odio ni venganza procura el mal ajeno, ése es el malvado, el vil por excelencia. Recibir cierta suma de dinero para ir por las ciudades llamándole mentiroso al verídico, impío al adorador de la Divinidad, perverso al bueno, corrompido al morigerado, infame al que está resplandeciendo por la dignidad y el pundonor, criminal al inocente, y otras de éstas ; recibir suma de dinero, digo, por obra semejante, es falta para la cual los hombres no tienen hartos desprecio, ni las leyes castigo hartos ignominioso. Esos viejos malditos de los dioses no creen, probablemente, lo que publican, patronos de la mentira, corredores de la infamia ? Cómo lo han de creer, respondió Cerefon, cuando si con otro puñado de moneda se *les remite* lo contrario de lo que acaban de decir, lo acogen asimismo y lo difunden con sumo encarecimiento ? Los alcahuetes, dijo Alcibiades, pidiendo perdón de la palabra, no van y vienen, no dicen esto y lo otro por amor de su pecho ni deseo de sus sentidos, sino por el efecto pecuniario

de su industria. Yo juzgo que Calvonte y Jarmillas ejercen este honrado oficio, y nada más.

No pudo tanto con los nueve de la mesa la gravedad filosófica que dejasen de reirse, habiendo dado la señal el maestro Sócrates, quien de nada tenía menos que de pelilloso : tan franco era y tan llano, que de mil amores concurría al estrado de la bella Teodata, y le daba consejos acerca del modo de tener sumisos y cautivos á sus amantes. Pero formalizándose á poco, en voz grave refirió lo que sigue.

El rey Giges consultó un día al dios Apolo acerca de su suerte, y teniéndose por el más afortunado de los mortales, dijo : Oh tú que escudriñas con la vista los últimos rincones de la tierra y conoces á todos los hombres, dime ¿ hay en ella alguno más feliz que yo ? Aglao, respondió el dios, es más feliz que tú. Sorprendido el rey, quiso saber en dónde vivía ese monarca poderoso, ese general nunca vencido, ese conquistador triunfante cuya gloria y riquezas fueran mayores que las suyas ? El dios respondió que lo mandase buscar, y que no tardarían en dar con él, puesto que el cielo mismo iría guiando á los pesquisidores. Giges, humillado de que hubiese un hombre más feliz que él, puso su ahinco en saber quién era ese Aglao y dónde estaban sus dominios : mandó, pues, comisiones por los cuatro vientos, halagando al descubridor con la promesa de una regia propina.

En un sombrío valle de la Arcadia se estaba un hombre entrado en edad á labrar la tierra con sus manos : Oh tú, le dijo uno de los pesquisidores ; oh tú que por

tus años debes de haber visto y oído muchas cosas, sabes por ventura quién es y dónde vive un tal Aglao, á quien los dioses tienen por el más feliz de los mortales? Yo soy, respondió el viejo; soy ese Aglao á quien los dioses han agraciado con la felicidad, ingiriéndole en el pecho el deseo del bien, y otorgándole la práctica de las virtudes. Por mi trabajo lo necesario no me falta: ni odio ni codicia en mi corazón: mi esposa, adorada, corresponde con santo amor mi afecto, sin que me hubiese dado jamás motivo de desconfianza. Hijos obedientes, sumisos é inclinados al bien. Tranquila y constante alegría dentro de mí: bondad, caridad con mis vecinos, los cuales á su vez me quieren y respetan. Un día fui á Delfos: viéndome allí, me pasó por la cabeza preguntar al oráculo quién era el hombre más feliz del mundo. Aglao, respondió la pitonisa, no hay hombre más feliz que tú en el mundo*.

El que quiera ser feliz, prosiguió el maestro, busque la paz del alma en un oscuro valle, donde no vivan sino hombres sencillos y buenos; tema á los dioses, y practique las virtudes en el seno de familia casta y humilde. Mientras vivamos metidos en los torbellinos que llamamos ciudades, hemos de vivir rodeados de enemigos que procuran hacernos perjuicio con razón ó sin ella.

Címias, uno de los convidados, no había tomado parte

* Anécdota de Cowley, ampliada por mi cuenta. El mismo la tomó de la historia antigua. Consta en « El Expectador » de Addison. Si el suceso es del reinado de Apolo, no cometo anacronismo con ponerlo en boca de Sócrates.

en la conversacion, no por orgullo, como el fundador del Pórtico, sino por modestia. Donde muchos están hablando, conviene que uno adorne la plática general con el silencio. El que calla en medio de hombres sabios, tiene mucho que aprender, y huye las ocasiones de insinuar cosa indigna de la sabiduría. Címias era discípulo de Sócrates, uno de los filósofos más aprovechados, si por la cordura, si por el amor á las virtudes; pero gustaba mucho del silencio, y el oído se aprovechaba de los perjuicios de la lengua. Dichosos los que saben callar, y no hablan sino cuando en su silencio hay peligro de que la verdad sea postergada y el error salga triunfante. Concluido el banquete, los convidados de Xenofonte se lavaron las manos en jofainas primorosas, se las enjugaron con blancas hazalejas, y se retiraron á sus casas dando gracias á los dioses.

Habiendo oído el parecer de los sabios del Banquete respecto del libelo, ya podemos echar nuestro cuarto á espadas, y dar fuerza á la expresion con el apoyo de los antiguos. En la Edad Media, al que dentro de tercero día no presentaba las pruebas de los cargos que había hecho á una persona, el verdugo le cortaba la lengua en presencia del rey y su corte y la tiraba á los perros; despues se le subía á la horca. Por esta razón los libelistas democráticos de nuestro siglo tienen por costumbre ocultar profundamente, no tan sólo sus nombres, pero también el lugar de donde hacen sus

remitidos. Sin esta providencia el eunuco Cástrotes, que pasando por sobre Roma y la Edad Media vive todavía, no ha regalado aun á los perros con su lengua. Estoy por valerme de la estratagema de Sixto Quinto, á efecto de no errar el golpe, y castigar en justicia á los delinquentes. Un dia amaneció la estatua de Pasquino con camisa arambelosa, puerca, manchada de sangre, y al pié de ella este comentario : « El pobre Pasquin no ha podido mudarse, porque su lavandera está de princesa. » Sabido es que la hermana de ese pontífice habia sido lavandera de profesion. Don Sixto era el Bismarck de esos tiempos : qué discurrió el camastron ? mandó publicar con sus heraldos que el que denunciase al autor del libelo tendria dos mil escudos romanos de premio. El libelista, el genuino libelista, confiado en la clemencia de Su Santidad, se presentó y dijo : Padre santísimo, yo escribí la quisicosa ; vengo por mis dos mil escudos. Hola, respondió el papa, tú escribiste la quisicosa : aquí están tus dos mil escudos, y zahumados. Tomólos el escritor nocturno, y se estaba yendo muy alegre, con ánimo de darle un desportillon á la suma esa misma noche con las perendecas de su barrio ; mas un personaje de sombrero de tres picos que estaba por ahí, se le fué encima, le cogió, le amarró y le cortó manos y lengua. Era el verdugo. Su Santidad castigó á su detractor sin perjuicio de su palabra ; pues la talega de escudos se la fueron á dejar en su casa religiosamente ; pero ya no tenia el triste ni lengua para comerlos, ni manos para jugarlos.

Cuántos escudos ofreceré yo ? Por qué cantidad se

me presentarán mis encamisados y mis descamisados ? Los dos mil escudos, allí estarán, lealmente ; pero las manos y la lengua, para mis perros han de ser. Abre el ojo que asan carne, capon : dos mil escudos, y zahumados ; no te hacen agradables cosquillas en el pecho ? Mi divisa es la de la familia de los Solern : *Fais ce que tu dois, arrive ce qui voudra* : cumple con tu deber, suceda lo que sucediere. Cumpro con el mio, sin tener advertencia al puñal, la estricnina, el libelo, nada ! Me afronto con los tiranos, pongo el pecho á los tiros de la calumnia, me les voy á fondo á los ladrones, y, aunque no soy un Teseo, los ahogo á mis plantas. Que me insulten, que me ofendan, no me perjudica. La mala maña de perseguir con la injuria y la difamacion á los enemigos á quienes temen, no es de ahora en los tiranos : los otros tenian en Carácas su don Domingo que llovía mentiras y denuestos sobre el general Simón Bolívar : ha perdido algo Bolívar por obra de don Domingo ? Que me llamen calumniador de profesion, demagogo interesado, escritorzuelo ruin, fundándose en « El Cosmopolita » y « El Regenerador, » obras que en las demas Repúblicas me han valido los títulos de « folletista insigne *, » « el prosador más valiente y donoso de Hispano-América **, » no es para conturbar mi espíritu ni para verter amargura en mi corazon. Demagogo el autor de las « Lecciones al pueblo ; » hay bribonada que acredite un mundo de mala fé ? Así aborrezco la tiranía de uno solo como la de muchos ; y, mal por mal, primero el tirano solitario : este no tiene sino una ca-

* Adriano Paez.

** Jorge Isaacs.

beza, y se la puede echar de un tajo al suelo : el verdugo se pica de honra, y no anda con tiquis miquis. Opresor de cien cabezas, cosa mala : guádenos el cielo para siempre del reinado de la gente del gordillo : la Hydra muerde por cualquier parte, bien como la araña ve con todo el cuerpo. Cuándo he hecho la apología de Clodio ? qué cartas he tenido con Marat ? dónde están mis amores con la diosa Razon ? Si ser abogado del pueblo cuando va de sus derechos y su suerte es ser demagogo, lo soy : Junius, Cormenin, Pablo Luis Courier fueron demagogos ; demagogos son todos los que abrigan en el pecho el amor de la justicia y el fuego que devora á malvados y opresores. Si la demagogia consiste en corromper al pueblo, infundirle ambicion insensata y aborrecimiento parricida, no soy demagogo, nunca lo he sido. En mis manos, el pueblo andaria á buen paso, la cerviz alta, garboso y noble ; pero su freno de oro no se llevara nunca, porque las riendas estuvieran en puño firme. Enseñarle, ilustrarle, elevarle hasta donde ofrece sugeto : menoscabo en el principio de autoridad, ni un punto. Escarceos y bohordos de pura lozania, cuanto quiera ; resabios impertinentes, *manco male*, qué sofrenadas fueran esas ! Pero no : cuando pienso como filósofo, no anhelo sino por el valle sombrío de la Arcadia, por la felicidad del viejo Aglao ; y cuando siento como poeta, denme una roca ahuecada, á cuya sombra hunda por un instante mis pesares en el abismo del sueño ; ó un mirto cuyas hojas amontonen sobre mí las palomas de Apulia, sacudiéndolo en sus lúbricas chacotas. He acometido á discurrir sobre la difamacion, no por el huevo sino por el fuero : sacando el caballo limpio, la

sana política y la moral elevada quedan vencedoras entre bajezas, falsedades é injurias vueltas cenizas á mis piés.

« Si el universo cayera fracasado, el sabio contemplara sereno sus ruinas. » Horacio habló del mundo físico ; pero ni el sabio ni el ignorante hombre de bien podrán sin cólera ni tristeza á un mismo tiempo ver fracasadas moral, civilizacion, buenas costumbres á los golpes de un bárbaro desaforado sin conocimiento de Dios ni sospecha de las leyes humanas. Arremeter con un tiranuelo que alarga la mano untada de oro á los inicuos, es exponerse á todo ; pero sin una víctima, sin un mártir ; qué fuera de los pueblos ? y sin esos hombres frustrados que se llaman eunucos ; qué fuera de los tiranos ?

« Quitad del mundo la mujer, y la ambicion habrá desaparecido de toda alma generosa. » La ambicion solamente, Herculano ? Quitad del mundo la mujer, y todas las pasiones generosas habrán desaparecido de nuestra alma. Ambicion huye al vuelo ; valor se hunde dentro de sí mismo ; amor se convierte en odio. Narsés, en quien las nobles y grandes pasiones no habian perecido, es en la historia raro ejemplo, maravilla del género humano. Capon que pudo desbancar á Belisario, y volverse terror de emperadores y de bárbaros, nada habia perdido con haber perdido el fundamento de la fuerza. Para los eunucos, la mujer está quitada : no solamente no la aman, la aborrecen : si en sus manos estuviera, la suprimieran del mundo. Por la mujer nos tiramos á los